

Suboficiales en la Historia

Por: Miguel PARRILLA NIETO



SARGENTO FERRER MORALES

● OTRO HEROE DE TAXDIRT

Morales, veterano de veinte años de luchas, a quien cupo el raro privilegio de ser el primer sargento laureado de la campaña de Africa y en consecuencia, también el que encabeza la lista de los suboficiales condecorados con la Cruz de San Fernando en lo que va de siglo.

Santiago Ferrer, de la quinta del 91, quiso el azar que en el sorteo le tocara "servir en Cuba", y como la familia no podía permitirse el lujo de redimirlo a metálico, eran jornaleros, el mozo embarcó rumbo a la Habana dejando su Alcarazijos natal por más años de los que la ley de reclutamiento prevenía; porque Ferrer hallaría en Cuba y en la milicia, una forma de vida que, pese a su dureza, presentaba mejores horizontes que el oficio de bracero en los campos cordobeses.

A los siete años de haberse incorporado a su regimiento —Infantería Tarragona 67— Santiago ascendía a sargento y se hallaba en posesión de una Cruz Roja al Mérito Militar.

Durante su estancia en Cuba conoció Ferrer toda la geografía de la isla, desde la sierra a la manigua, pasando por los pantanos infectados de malaria y paludismo, para pisar las arenosas playas del Caribe en blancas noches de vigilia, frente a un mar, que abastecía de armas a una pobla-

ción rebelde en constante ebullición antiespañola.

En ocho años de intensa actividad castrense, durante los que se enfrentó en numerosas ocasiones a las tropas de famosos caudillos insurrectos y no menos "famosos" libertadores yankis, el sargento Ferrer adquirió destreza inusitada en los más variados aspectos de la guerra. Pero también contrajo en su organismo las secuelas de la enfermedad, y al ser repatriado, en aquel triste regreso de final de siglo, pasó Ferrer por el humilde hogar que le viera partir en el 91, donde sus padres, notablemente envejecidos, le cuidaron durante tres meses, el tiempo que las autoridades sanitarias le habían concedido en calidad de licencia por enfermo.

Pero Santiago Ferrer ya era militar y al final del periodo de convalecencia regresó al servicio activo pasando nueve años en diversos hospitales y regimientos de la península, hasta que en 1909, pisó tierra africana formando parte del batallón de infantería Talavera, destacado en la guarnición de Cabrerizas Altas, en Melilla.

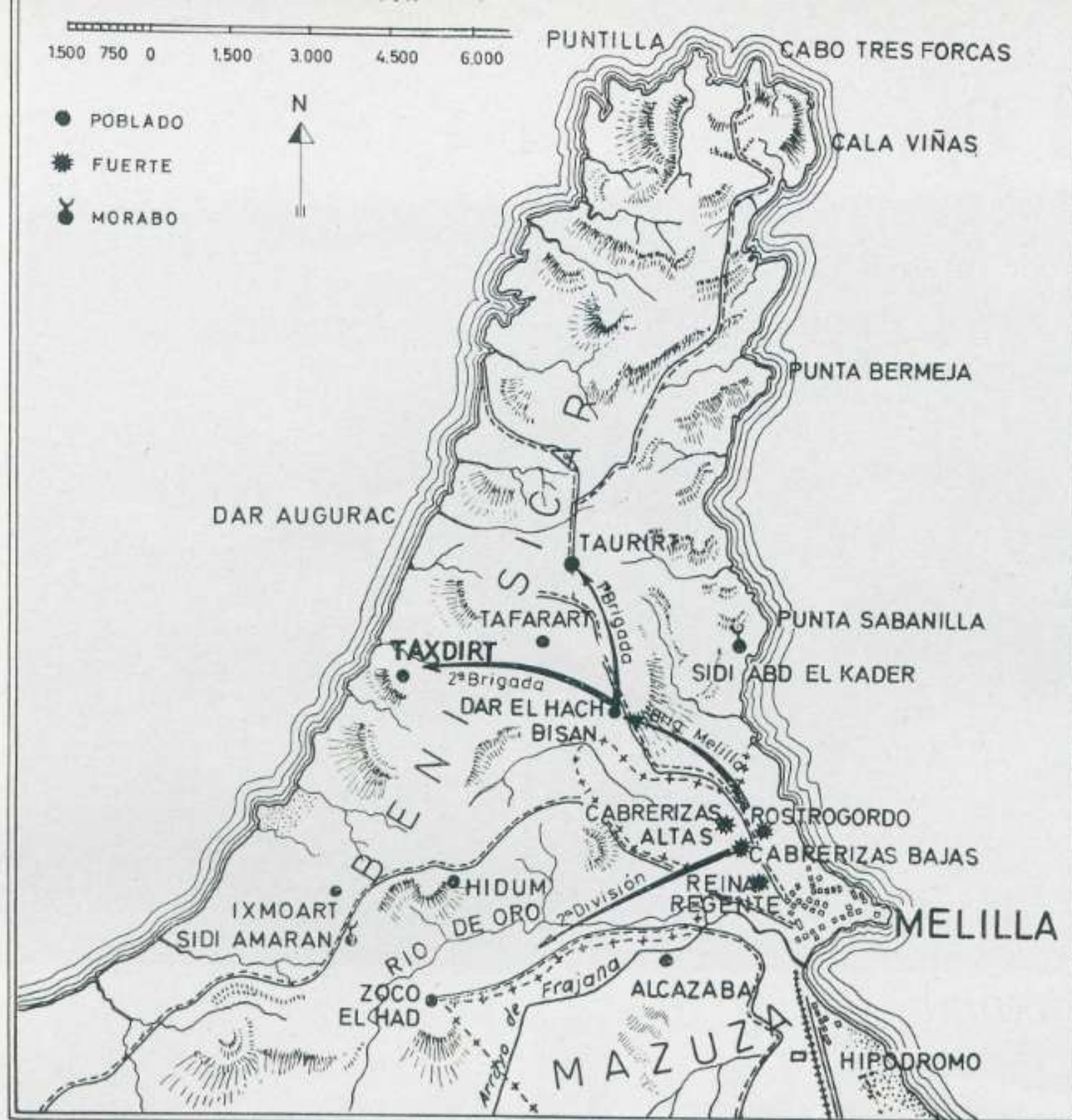
**PRETENDIA CUBRIR LA
PALIDEZ DE SU ROSTRO
ENFERMIZO BAJO LA ES-
PESA MARAÑA DE UNOS
BIGOTES DESPROPORCIONADOS**

Este sargento de treinta y ocho años de edad, que pretendía cubrir la palidez de su rostro enfermizo bajo la espesa maraña de unos bigotes desproporcionados, hubo de cono-

AJENOS al "Sin pulso" que denunciara Silvela para la situación política de España, miles de hombres de Cuba y Filipinas cambiaban de escenario en poco más de un quinquenio; y sin abandonar las armas, volvían a representar sobre otras "tablas" la eterna tragedia de la guerra. Antes tagalos, mandingas, criollos, norteamericanos... después rifeños.

**VETERANO DE VEINTE
AÑOS DE LUCHA, A QUIEN
CUPO EL RARO PRIVILE-
GIO DE SER EL PRIMER
SARGENTO LAUREADO DE
LA CAMPAÑA DE AFRICA**

Uno de los soldados de aquella infeliz generación fue Santiago Ferrer



ban en centenares de trayectorias perdidas y en el suelo, los rebotes parecen presagiar con sus agudos lamentos un final instantáneo en el próximo palmo de terreno.

EN EL MOMENTO SUPREMO, EL QUE NO PERMITE VACILACION NI DEMORAS, FERRER, PUESTO EN PIE DA LA ORDEN DE ASALTO A LA COLINA

En el momento supremo, el que no permite vacilaciones ni demoras, Ferrer, puesto en pie, da la orden de asalto a la colina. Ha perdido cuatro hombres y con sólo nueve, arremete al arma blanca contra el grupo que más directamente les hostiga. Tras el sargento van dos soldados y a su lado, el cabo Montero se enzarza ya en frenético cuerpo a cuerpo con una masa ululante de aguerridos rifeños.

Acero y fuego se cruzan en mezcla mortífera sobre la colina. Por unos instantes sólo gritos, detonaciones y roces de metal sobre metal marcan compás de vida en aquel grano enconado de la tierra africana.

En lo más crudo del choque Ferrer cae al suelo, se lleva una mano a un hombro y la manga de rayadillo se torna roja; vuelve a incorporarse y con el brazo ileso dirige una y otra vez la hoja de su machete hacia los bultos de facciones crispadas que pretenden envolverlo.

Congestionados ya los hombres de Ferrer, obedecen a la orden de abandonar la lucha sin distancias, para agruparse, sólo unos pasos atrás, en torno a él. Y sin tiempo para que el enemigo reaccione, todos a la vez, disparando a quemarropa, acometen sobre el núcleo desorganizado de harkes que, como espigas secas, van cayendo a tierra abatidos por el fuego. El resto, despavori-

cer la peculiar táctica moruna precisamente en el combate del Barranco del Lobo, y apenas unos meses después de aquel desastre, le tocó en suerte participar con su unidad en la toma de Taxdirt, la otra cara del Lobo, donde el teniente coronel Cavalcanti dirigió las tres cargas de caballería más famosas de la historia militar de la época.

En aquella operación, y culminada ya la hazaña de Cavalcanti y su escuadrón de cazadores, el mando ordenó que las compañías de infantería desplegadas en la zona efectuaran un repliegue sobre Taxdirt. La última en retirarse debía de ser la del capitán Medina, y dentro de ella, en extrema retaguardia, la sección que mandaba el teniente Bermejo, donde Ferrer dirigía el primer pelotón.

Iniciado el repliegue, no sin gran hostilidad por parte del enemigo, en una cocina próxima al terreno en que evolucionaba la sección, aparecieron un enjambre creciente de chilas pardas que, pegadas al suelo, amenazaban con impedir la operación y hacer de ella una segura carni-

cería. Sólo limpiando aquel foco de fuego sería posible a la compañía llegar hasta un lugar donde parapetarse; pero para ello era necesario que un grupo de hombres retrocediese y aproximándose hasta llegar al choque, desalojase al enemigo de su posición en la colina.

El teniente ordena a Ferrer que con su pelotón intente alejar del mogote a los harkes y con trece hombres despliega, estudia el terreno próximo e inicia el avance hacia el enemigo.

Sin otros parapetos que unas piedras aisladas y sueltas a lo largo de la ladera, Ferrer va marcando los sucesivos saltos de las escuadras. Ora cayendo, ora arrastrándose sobre los cardos y espinos, los hombres avanzan inmersos en una atmósfera cargada de olor a pólvora y trepidante de destellos y estampidos.

A escasa distancia del objetivo manda abrir fuego a una escuadra mientras la otra arma bayonetas. Sobre ellos descarga ya una densa nube de metralla; los proyectiles sil-



Recogida de un herido en el Frente de TAXDIRT

dos, huyen ladera abajo, mientras Ferrer, herido nuevamente, hace recuento de bajas antes de reorganizar su gente para la repulsión de un posible contraataque.

MATERIALMENTE DOBLADO SOBRE LA CAÑA DEL FUSIL, PERMANECE EN LA CUMBRE IMPIDIENDO QUE EL ENEMIGO VUELVA A OCUPAR LA COTA

Cuatro muertos y tres heridos ha costado la colina. Ferrer no puede contarse entre los lesionados; antes bien, apoyado en el fusil, observa al enemigo que se agrupa ya dispuesto a recuperar la posición perdida.

Mientras el pelotón ocupaba su objetivo, dos secciones han concluido el repliegue y la de retaguar-

dia está a cubierto en una zanja esperando el regreso de los destacados que, a la vista del desarrollo de la operación, deciden bajar hasta reunirse con el resto de los hombres mandados por el teniente Bermejo.

Lentamente comienza la retirada hacia las propias líneas y el sargento Ferrer, materialmente doblado sobre la caña del fusil, permanece en la cumbre impidiendo que el enemigo vuelva a ocupar la cota y ponga en serio aprieto el descenso de sus hombres hasta la trinchera natural donde la sección aguarda.

Cuando el cabo Romero y el resto del pelotón se encuentran ya a cubierto y los camilleros le retiran las bajas, Ferrer, con el otro cabo, abandona definitivamente el punto más elevado del altozano. Antes de dar por concluida la misión, recorren un tramo batido ya por el enemigo que, no obstante el ímpetu que a su acometida presta la consciencia de la reciente derrota, se ve frenado por la

cobertura que la sección en pleno presta a los recién llegados.

La gravedad de las heridas sufridas por Ferrer unidas a las antiguas dolencias, obligan a evacuarlo de hospital en hospital durante varios meses, hasta que repuesto oficialmente, regresa una vez más a la zona de operaciones de su batallón, ya con el empleo de segundo teniente conseguido por méritos de guerra; y un año más tarde, relevada su unidad del Norte de Africa, pasa a la península donde recibirá la Cruz Laureada de San Fernando con fecha 23 de octubre y el empleo de capitán en 1914.

Cinco años después, el 9 de septiembre de 1919, fallecía en Cádiz este hombre de singular valía, que al igual que el legendario sargento Giral, había pasado casi toda su vida vistiendo el uniforme de campaña. Santiago Ferrer Morales pasaba a la historia del Ejército Español añadiendo una página de gloria en la crónica del Cuerpo de Suboficiales.